

La lección de filosofía

Arcadio Antonio Bolaños Acevedo

Los viernes tengo una clase que dura tres horas seguidas. Es, seguramente, el último curso de Filosofía que llevaré. Cuando empezó el semestre hice lo que hago siempre. Me senté en la última fila, donde nadie podía verme, y desde allí, miré a todos los que estaban en el salón. No sé qué filósofo hizo esta clasificación, pero me resulta útil: hay personas verdaderamente inocentes, y otras que han neutralizado por completo cualquier rastro de inocencia.

¿Qué es la inocencia? Según Constantino, nuestro profesor de filosofía, es “el estado anterior a la duplicación del yo, ese momento de la vida en el que la acción se corresponde con la intención [...] Cuando no vacilamos en mostrar lo que somos, lo que sentimos y pensamos. Cuando la verdad de nuestro ser habla en la conducta. Después aprendemos a guardarnos, a fingir, a parecer lo que no somos. La inocencia no se opone a la sexualidad ni al deseo. Su contrario es la mentira. Lo que preocupa no es la acción incontrolada, los errores que se cometen tempranamente. No, el pecado es la falsedad. Ese aprendizaje en la doblez, decir lo que no se piensa, mentir en la acción y hacerlo tanto y tan seguido que ya no se sabe quién es uno en realidad. La pérdida de la inocencia es la caída en la nada interior, el vivir enmascarado, torcida el alma, negando con la palabra y la conducta la humilde verdad que habita en el corazón”.

Y siempre pasa lo mismo. Digo que será el último curso de filosofía que llevaré, pero este profesor me encanta. Habrá que buscar qué cursos va a enseñar el próximo semestre. No importa si me atraso con lo demás. Ese primer viernes, sin embargo, me entero de que en el curso habrá muchos trabajos grupales. Yo le tengo fobia a los grupos. En mi mente, se va formando el paisaje de lo indeseado, de la tensión inmensa de verme rodeado de personas desconocidas, tal vez ineptas, tal vez totalmente corruptas, personas que han erradicado su inocencia prematuramente. A las diez de la mañana, el profesor dice que ya podemos formar grupos, y que sean de tres o cuatro.

Es entonces que tiene lugar un acto inocente, desinteresado, que me sorprende gratamente: al otro extremo del salón, una de esas personas a las que veo siempre caminando por ahí, me mira como si me reconociera a pesar de no conocerme. No estaba seguro de que el gesto de reconocimiento estaba dirigido a mí, pero al cabo de unos segundos se acerca y me pregunta si puede estar en mi grupo. Respondo con la verdad, cosa que intento hacer tanto como pueda, y le digo que no hay ningún grupo, que solamente estoy yo. No importa, responde, igual no conozco a nadie más. Nos sentamos y observo de reojo las caras que están alrededor. La mayoría son caras nuevas, alumnos de segundo ciclo quizá. Entiendo por qué él y yo nos sentimos tan desubicados, ambos estamos haciendo un quinto ciclo que nos convierte, muy probablemente, en los mayores del curso. Cuando ya todos están trabajando, se abre impuntualmente la puerta y entra Bruno Conte, antiguo conocido mío del curso de Sociología. Un rápido cálculo me permite comprobar que es uno más de nosotros, otro que va por el quinto ciclo. Ahora somos tres, el grupo está completo, sin ningún malestar de mi parte, sin ninguna tensión, por primera vez.

Desde ese primer viernes, nos sentamos los tres juntos, todas las semanas. Hay algo especialmente placentero en el encuentro. El extraño de la primera clase es ahora alguien que se llama Rodrigo Gozalo, no Gonzalo, sino Gozalo, como dirían los argentinos, “gozalo che, que la vida se acaba”. Converso con él y Bruno todos los viernes, y es mi único momento agradable de la semana. Conversaciones casuales, comentarios breves durante la clase, nada más. Y pienso que es asombroso que una trivialidad así tenga un efecto tan positivo, que me haga recuperar un poco la confianza, que me haga creer nuevamente en la inocencia de las personas, no en la que está en los diccionarios sino la que ha quedado ya definida por Constantino.

Los fines de semana me encontraba con Carmencita, mi novia, y hablaba tanto sobre mis clases de filosofía que ella terminaba bostezando, aunque siempre me hacía preguntas sobre mis dos amigos, en especial sobre Rodrigo, “¿y no será Gózalo en vez de Gozalo?”. Y yo tenía que explicarle que no era así, que él mismo me había explicado que su apellido era Gozalo. Yo cada semana hablaba más sobre Rodrigo, y cada vez más Carmencita se quedaba sorprendida, al inicio, y luego fastidiada. “A ver si a este paso vas a terminar gozándotelo”.

No fue sino hasta que llegamos a la lectura del *Tractatus* de Wittgenstein cuando empecé a entender lo que Carmencita me había intentado decir. Ambos nos conocimos en una nueva *dating app* enfocada exclusivamente para jóvenes heterosexuales que buscan pareja pero no sexo. Ambos compartíamos las mismas ideas y los mismos valores. Nos casaríamos al día siguiente de nuestra graduación y llegaríamos vírgenes a nuestra noche de bodas. Cuando leí los diarios de Wittgenstein sentí un escalofrío que me recorrió de la cabeza a los pies. Wittgenstein escribía que “se había masturbado por primera vez en tres semanas”, y yo también había hecho lo mismo (bueno, 19 días para ser exacto). El filósofo legendario se sentía culpable y asqueado por cometer semejante acto, sobre todo porque el causante de semejante excitación era cierto jovencito que estudiaba matemáticas. Para mí la situación era prácticamente la misma: casi sin darme cuenta, Carmencita se había visto desplazada en mis fantasías y Rodrigo había empezado a ocupar una posición privilegiada. Esa misma noche, antes de eyacular, había cerrado los ojos, y había imaginado el rostro de Rodrigo, había recordado el sonido de su voz, y eso fue más que suficiente para hacerme llegar al orgasmo. Me sentí culpable, como si estuviera traicionando a Carmencita. Abrí mi diario y escribí “después de 3 semanas, hoy me he masturbado”, luego taché la primera línea y la cambié a 19 días.

Yo tenía que seguir siendo fiel a la definición de inocencia que había aprendido en clase, y ese fin de semana tuve una larga conversación con Carmencita. Le describí, sin omitir detalle alguno, lo que me estaba pasando. Pensé que ella, en su infinita sabiduría, tendría alguna panacea en la cartera, un remedio casero, una fórmula secreta que nos volvería a unir como pareja. Pero ella solamente atinó a darme una bofetada y se alejó rápidamente.

Desde entonces, cada viernes, miraba más atentamente a Rodrigo, e intentaba decirle la verdad, pero era difícil. Cuando nos quedábamos conversando después de clase, Bruno siempre estaba allí. Finalmente, un día Bruno se fue temprano y yo empecé con rodeos, hablando sobre la inocencia, sobre la verdad, las relaciones, entonces él me interrumpió y me dijo que recién había conocido en una *app* a una chica linda que se llamaba Carmen, “aunque lo malo es que es de esas que se hacen las estrechas”, me explicó mientras me apretaba la mano para despedirse.